



**RAFAEL SÁNCHEZ SAUS**  
Director del Congreso Católicos y  
Vida Pública.

En uno de sus aforismos más celebrados, el gran pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila afirmaba: *“Nada me seduce tanto en el cristianismo, como la maravillosa insolencia de sus doctrinas”*. Esa insolencia del Evangelio que escandalizaba a los judíos y era conceptuada necedad por los gentiles, que ha desafiado durante siglos los excesos del racionalismo y se alza hoy como castillo roquero frente al nihilismo, el sentimentalismo y el irracionalismo, es la misma que ha brillado en estos días en nuestro Congreso Católicos y Vida Pública para dar sustento a las libertades amenazadas por la megaideología de nuestro tiempo, la corrección política.

Pero la libertad que aquí hemos defendido y que seguiremos defendiendo allí donde estemos no es tan sólo la que nos reconocen códigos y constituciones, que naturalmente somos los primeros en proclamar, es aquella más honda que procede la promesa del mismo Jesucristo, tal como se nos dice en el evangelio de Juan: *“Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad; y la verdad os hará libres”* (Jn 8: 31,32). Queda así establecido el hilo de oro entre la libertad, la verdad y el propio Cristo. No puede decirse más para enfatizar la importancia de la libertad para todo cristiano.

En estos días hemos profundizado en las amenazas que se ciernen sobre la libertad en las grandes construcciones políticas de nuestro tiempo, comenzando por la propia Unión Europea, en las instituciones

académicas, en la vida social y a través del lenguaje que se promueve en los medios. Hemos trabajado en los diversos talleres para tomar conciencia de cómo la corrección política se impone en las aulas, en los hogares, en la comunicación y las redes sociales, en las empresas, en la legislación, en la cultura y el arte, en la ciencia y en la historia. En cada uno de esos campos lo hace a costa de parcelas de nuestra libertad de expresión, de conciencia y, finalmente, también de las posibilidades de vivir de una manera acorde con nuestras convicciones, también de anunciar el Evangelio de una manera íntegra, sin recortes ni adaptaciones al mundo.

Pero nada de esto debe hacernos caer en el pesimismo. Cada vez que se ha expuesto una crítica al momento presente, a continuación se ha abierto paso una propuesta en positivo. La solución a nuestros problemas la conocemos y ya fue anunciada por monseñor Gómez, arzobispo de Los Ángeles, en el acto de Presentación del Congreso: anunciar, seguir anunciando a Jesucristo de manera creativa con nuestras vidas y nuestra palabra, viviendo la libertad de los hijos de Dios. Pero más allá de esa disposición primordial, sin la que nada de lo que hagamos y propongamos tiene sentido, de aquí han surgido ideas y enseñanzas que debemos ser capaces de llevar a la sociedad en su conjunto, porque a todos compete, cristianos o no, lo que está juego. A ello atiende el Manifiesto que se ha leído y que es el fruto de todo lo vivido y trabajado en estos días. Su redacción definitiva será publicada y distribuida entre todos aquellos que tanto tienen que decir, pero también el deber de escuchar: partidos políticos, parlamentos, instituciones del Estado a todos los niveles, medios de comunicación... También los ámbitos eclesiales a los que es necesario concienciar de los nuevos retos. Vamos a necesitar la ayuda de todos ustedes, de todos los congresistas, en esta tarea, y yo les ruego que, llegado el momento, no escatimen esfuerzos. Gracias de todo corazón por haber estado ahí y por seguir estándolo.

Gracias también a todo el gran equipo que, año tras año, hace posible el Congreso. Un trabajo que se prolonga a lo largo de todo el año pero se concentra en estos días para hacer llegar a todos un mensaje de esperanza y de libertad. Muchas gracias.